

La economía de Estados Unidos: ¿Hacia el precipicio o en caída libre?*

James M. Cypher**

Resumen

Cypher plantea la cuestión fundamental de si se puede o no evitar una depresión en los Estados Unidos. El autor enfoca las pérdidas de empleo en el país, que frente a un sistema de programas sociales diezmados por treinta años del reaganismo pueden desembocar en la inestabilidad social, manifestada en varias formas. Se plantea varias causas de la crisis: una productividad creciente con sueldos estancados, la deslocalización del sector manufacturero, y la tendencia hacia la sobreproducción. Las ganancias se acumularon en la clase rentista, mientras las clases medias y trabajadores, enfrentadas con mayores gastos en educación, salud y vivienda, se endeudaron cada vez más. La respuesta del equipo de Obama ha sido audaz y rápido, pero existe un gran peligro de que la conversión de sus consejeros económicos, comprobados neoliberales, a un pseudo-keynesianismo no será duradera, y de que frente a las presiones de una población mal informada y asustada, se puede rechazar políticas económicas de corte anti-cíclicas, profundizando la contracción económica.

Palabras Clave: Liberalización Financiera, Derecho, Programas de Ajuste

Abstract

Cypher poses the fundamental question of whether the United States economy can avoid a depression or not. The author focuses on the growing unemployment in the country, which in the context of a system of social programs battered by thirty years of Reaganism can easily translate into social instability, manifested in various forms. Cypher offers several causes of the crisis: growing productivity coupled with stagnant wage growth, the outsourcing of the manufacturing sector, and the tendency towards overproduction. Profits were retained in the rentier class, while the middle and working classes, faced with greater costs of education, housing and healthcare, fell ever further into debt. The response of the Obama team has been quick and audacious, but a great danger exists in that the conversion of his economic advisors, proven neoliberals, to a form of pseudo-keynesianism, will be short lived, and that in the face of the pressure of a misinformed and scared population, anti-cyclical measures may be reversed, deepening the economic contraction.

Key Words: Current Account Adjustment, Government Expenditures and Education, Short-Term Capital Movements

La contracción económica actual comenzó oficialmente en diciembre de 2007. Hasta ahora, se ha denominado “recesión”. Mientras los focos rojos seguían prendidos hasta mediados de marzo de 2009, el presidente de la Reserva Federal (Fed), Ben Bernanke, ofreció su evaluación optimista: “hemos evitado” el riesgo de una depresión (a través de una serie de intervenciones

* Original en inglés “The United States economy: on the edge or over the cliff?” Traducción al español a cargo de Eugenia Correa y Wesley Marshall.

** Profesor-Investigador de la División de Estudios de Desarrollo en la Universidad Autónoma de Zacatecas (UAZ), y asociado de Dollars and Sense. Correo electrónico: James Cypher@xanum.uam.mx

inéditas por parte del banco central y del gobierno federal). Los economistas no poseen ninguna terminología bien aceptada para diferenciar entre una recesión extrema y una depresión. Muchos argumentarían que la palabra depresión puede ser empleada para un periodo de declive económico amplio y prolongado en el cual la tasa de desempleo supera el 10%. Con esa definición, dado el actual ritmo de crecimiento del desempleo, cuya tasa alcanzó el 8.1% al final de febrero de 2009, los Estados Unidos (EU) estará en una depresión en junio o julio del mismo año.

Si eso ocurre, representaría nada más el paso del umbral a las condiciones sombrías conocidas como una “depresión”. Los registros de las depresiones son como la escala Richter, utilizada para medir los terremotos. Un aumento del desempleo del 50% - del 10 al 15%- no significaría que el dolor y sufrimiento que surgen de una economía disfuncional se hubieran incrementado en un 50%. Más bien, significaría que las condiciones económicas globales probablemente serían *doblemente* peores que las que se tenían en el nivel del 10%. Entre otros factores, porque los programas sociales, diezmados por casi 30 años del reaganismo, simplemente pudieran no atender a muchas de las personas adicionales que pudieran ser arrojadas al basurero económico si el desempleo subiera del 10 al 15%. Las organizaciones de beneficencia podrían ser rebasadas, los seguros de desempleo no alcanzarían para millones de individuos, los albergues disponibles y viviendas de emergencia podrían llenarse, la poca tolerancia que podría haber por el apoyo médico a los indigentes estaría exhausta y más apoyo no estaría disponible. Bajo estas condiciones, la cantidad de crímenes económicos se dispararán y el grado de inestabilidad social –medido en manifestaciones, paros, desobediencia civil y la inconformidad social– aumentará de forma apreciable.

Claramente, al haber llegado a este estado, las condiciones todavía podrían estar mucho mejor que las experimentadas entre 1929 y 1939. Pero de forma igualmente clara, la temida palabra de “D”, utilizada por unos pocos durante unos meses durante la contracción económica de 1980-82, entraría en el vocabulario común si las tendencias actuales no pueden ser revertidas de forma rápida. ¿Pero, se puede? Antes de intentar responder a esta cuestión tan importante, es necesario entender cómo la economía estadounidense ha llegado a su frágil estado actual. La economía de EU se ha estado acercando al precipicio por mucho tiempo. El problema subyacente es el desacoplamiento entre la creciente productividad del trabajador estadounidense y el estancamiento de los sueldos. Esta relación fue una novedad a la economía de posguerra en los 1970, pero no a la de los 1920. Cuando las alzas de los sueldos, que legítimamente pertenecen a los trabajadores, se desvían hacia las ganancias, rentas e ingresos por intereses -tarde o temprano- un sistema económico desarrollará síntomas de crisis y estancamiento.

Cualquier observador entrenado percibiría eso al analizar los años veintes. Pero, lo que tardó diez años en desarrollarse en esos años se mantuvo escondido a plena vista por casi treinta años. Ausente en los veintes, pero omnipresente en los ochenta, noventa y los principios del siglo XXI, fue el crédito para todos los que lo querían. La explosión del crédito, o de deuda, permitió que las clases “medias” y trabajadores calificados, asumieran grandes cantidades de crédito fácil para recompensar sus sueldos estancados. Estos recursos se volvieron cada vez más necesarios para financiar la vivienda, porque en los noventa, los costos de vivienda se despegaron de sus tendencias históricas. También se dispararon otras necesidades para los trabajadores, como los gastos en salud y educación, llevando a mayores niveles de endeudamiento a las familias para intentar llenar la brecha.

Mientras aumentaban los precios inmobiliarios y las cotizaciones bursátiles también, puesto que las familias muy ricas y ricas dirigían sus excedentes hacia los activos financieros, creando un efecto conocido como “el efecto de la riqueza,” empezó a extender las tendencias iniciadas por la explosión en la creación de crédito y el endeudamiento de las clases trabajadoras y “medias”. Hogares acomodados encontraron que su riqueza aumentaba debido a la gran alza de los precios de los inmuebles y las cotizaciones bursátiles. En respuesta, incrementaron sus gastos sin liquidar sus activos. Se lanzaron al endeudamiento, suponiendo que estaban nada más gastando una parte de su futuro “patrimonio”. En cada momento el sistema financiero atendió con entusiasmo tanto a los deudores en apuros como a los acomodados y la contratación de deuda creció de forma dramática. Los nuevos gastos llevaron a más expansión económica, con nuevos centros comerciales, oficinas, casinos y departamentos apareciendo en gran parte de EU.

A la vez, en el auge de la economía de la “burbuja doble”, de 2002-2007, 1.38 millones de empleos del sector manufacturero desaparecieron en EU. Las empresas estadounidenses continuaban mandando millones de empleos a otros países, una tendencia notable en los años ochenta. Esta tendencia ominosa, el fundamento de gran parte del desacople entre el crecimiento de la productividad y el estancamiento de los sueldos mencionado antes, fue ignorada o descartada, particularmente por los consejeros económicos neoliberales de las administraciones de Clinton y Bush II. De hecho, mientras los montos de deuda crecían, estos consejeros quitaron cada vez más barreras regulatorias, permitiendo a acreedores y deudores acercarse más y más al borde del precipicio.

El endeudamiento de los hogares estadounidenses pasó de 1.4 billones de dólares (bdd) en 1980 a 3.6 en 1990, alcanzando 7 bdd

en 2000 y 13.8 en 2007. La deuda en manos de firmas financieras operando en los sectores de la banca, los seguros y bienes raíces explotó, subiendo de 0.6 bdd en 1980 a 16 en 2007. En el breve período de 2000 a 2007, mientras la Fed mantenía liquidez y bajas tasas de interés y los prestamistas extranjeros estaban transfiriendo sus excedentes en efectivo a EU, el sector financiero incrementó su deuda por alrededor de 8 bdd! Como proporción del PIB, una medida más precisa, la deuda de los hogares (principalmente préstamos de tarjetas de crédito, autos hipotecas) brincó de aproximadamente un 45% en 1980 a un 100% en 2007. En estos mismo años, la deuda del sector financiero incremento de alrededor del 20% del PIB hasta el 115%.

Algo, en algún lugar, y pronto, tenía que ceder. Y, por supuesto, lo hizo en el caso del mercado inmobiliario en diciembre de 2006. Dadas las condiciones económicas subyacentes, los especuladores y los compradores no pudieron empujar los precios más hacia arriba a fines del 2006. Una vez alcanzado este punto, las mismas fuerzas que habían empujado el mercado hacia arriba empezaron a empujarlo hacia abajo. Demasiados compradores pronto se volvieron demasiados vendedores (y casi ningún comprador). Reforzando el desliz hacia abajo fue la tendencia hacia la sobreproducción. Las corporaciones dedicadas a la venta de casas y departamentos estaban introduciendo nuevas unidades de vivienda a un ritmo mucho más allá de la capacidad de absorción del mercado. Este proceso se conoce -con razón- como la *anarquía de la producción*. Grandes empresas de la construcción tienden a ajustar la tasa de crecimiento de su producción en torno al crecimiento general del mercado, y *no* a la tasa del crecimiento de la nueva producción de sus competidores, la cual no pueden calcular con precisión. Inevitablemente, como cada competidor busca expandir su porción del mercado, el resultado es la inundación del mercado con nuevos edificios de departamentos y casas. Eso pasó en casi toda área de la economía -la

sobrecapacidad pasó al primer plano con más fuerza en el sector automotriz, cuando las ventas de febrero 2009 estuvieron apenas marginalmente arriba del nivel del mes de depresión de diciembre de 1981- cuando la población que utiliza coches se ha expandido de forma significativa desde inicio de los noventa. La venta de autos cayó casi 50% del nivel promedio desde fines de los noventa.

Cada recesión o depresión tiene detonador distinto. Como muchos creen, una combinación incuantificable de regulaciones financieras laxas, liquidez en alza e innovación financiera han sido el catalizador del desorden actual. Pero, igualmente, sería miope ignorar o menospreciar factores estructurales que han causado la crisis actual: 1) el débil crecimiento de los ingresos para la mayoría de la población y la desigualdad en alza; 2) el *offshoring* (la deslocalización) del sector manufacturero; y 3) la tendencia presente de sobreproducción/exceso de capacidad.

Una vez que inicia el decrecimiento, es difícil anticipar la profundidad o duración de la contracción. La depresión en los años treinta fue encabezada por un colapso total de inversión. En el último trimestre de 2008 la inversión cayó a una tasa anualizada del 28%, más que cuatro veces la caída del PIB. La inversión cayó a una tasa más alta que en cualquier momento durante los últimos cincuenta años. Mientras la inversión ha caído tan rápidamente, el consumo, las exportaciones y los gastos a nivel estatal y local también se están desplomando.

En este momento, entonces, la única esperanza para un viraje tendría que proceder del gasto público. Pero en este punto, los acontecimientos recientes demuestran que los paralelos ya trazados con la depresión de los treinta no se encuentran en la actualidad. De manera notable, la respuesta del gobierno federal al desencadenamiento de la depresión a finales de 1929 hasta

principios de 1933 se caracterizó por la pasividad. A la espiral hacia abajo, la cual de hecho había iniciado antes del famoso *crac* bursátil de 1929, se le permitió retroalimentarse, como un incendio forestal, por mucho tiempo.

Se puede decir que el gobierno de George W. Bush rápidamente reconoció las circunstancias hacia la baja a las que se había sometido la economía en 2008. Un recorte impositivo que favorecía a la clase “media” y a los trabajadores, les ayudó a mitigar la desaceleración a mediados de 2008, al mismo tiempo que el presidente de la Fed y del Tesoro hacían intentos sin precedentes para expandir la liquidez y descongelar el sistema crediticio a finales de 2008, aunque en vano.

Ahora, la administración de Obama ha creado: 1) un programa de estímulo de 787 mdd; 2) autorizado fondos de rescate aún mayores a los titanes diezmados de Wall Street; y 3) ha iniciado tíbiamente un plan para remediar la crisis hipotecaria. ¿Pueden esas iniciativas revertir la marea en retroceso y “poner a flote todos los barcos”? Los consejeros de Obama sugieren que el programa de estímulo puede crear 3.5 millones de empleos – probablemente una estimación razonable. Pero de diciembre 2007 a febrero 2009, se perdieron 4.4 millones de empleos. Cuando algunos de los fondos del plan de estímulos empiecen a sentirse en mayo o junio de 2009, es probable que otros 1.8 entrarán al desempleo. Nadie sabe, excepto los individuos involucrados en el sector financiero privado y tal vez algunos de los oficiales de la Fed y el Tesoro, cual es la magnitud real del caos financiero. AIG ya ha recibido préstamos por 180 mdd, muy encima del recorte impositivo de 150 mdd de G.W. Bush para la nación entera. Pero todavía nadie está planteando que el rescate de la aseguradora AIG -a cuya ruina ella misma se condujo- y de muchos otros, esté siendo enfrentado de forma adecuada.

Claramente, las iniciativas de política fiscal de la administración de Obama han sido audaces y rápidas. La respuesta ha sido dramáticamente distinta de la efectuada por la administración de Hoover en 1929-1933. Sólo el tiempo revelará si estas iniciativas son adecuadas, pero probablemente no lo son en virtud de la magnitud de las fuerzas que están jalando a la economía hacia abajo. Sin embargo, a las profundas barreras culturales del individualismo y fundamentalismo del mercado se enfrentarán programas de estímulo keynesiano en el futuro. Si Obama tuviera que regresar a un congreso y a un público cada vez más enojado, convencido de la inutilidad de gastos contracíclicos keynesianos, la economía estadounidense podría aproximarse más hacia el precipicio sin freno. Los paralelos espeluznantes con 1929 podrían acercarse aún más.

La historia se repite únicamente como una farsa. La marginalización, hasta hace poco, de las perspectivas críticas dentro de la profesión de la economía tiene mucho que ver con la naturaleza primitiva del debate público sobre las políticas contracíclicas que actualmente se necesitan. Dada la situación, es imposible encontrar consuelo en el hecho de que los economistas de Obama, como el Secretario del Tesoro Geithner y el consejero económico en jefe, Larry Summers, fueron parte de la fracción del Consenso de Washington que enaltecieron el fundamentalismo del mercado hace solamente unos pocos años. Es difícil imaginar que el grupo esencialmente neoclásico-neoliberal que rodea al presidente pueda llevar a cabo una conversión teórica-ideológica en el lecho de muerte para un segundo acto. Si no sucede, la absurda postura pseudo-keynesiano de estos “Rubin-boys”, y los “Chicago-boys” tal como Bernanke, de la Fed, será puesta en evidencia.

El peligro presente es que los pseudo-keynesianos fácilmente pueden ser desplazados del escenario económico-político por una coalición renovada de los fundamentalistas del mercado capaces de convencer a una población mal informada y confundida, de que los gastos contra-cíclicos solamente sirven para incrementar los niveles de deuda pública. Sería un error fundamental creer que los eventos después del septiembre de 2008 han limitado la determinación de los fundamentalistas del mercado de mantener la posición ideológica hegemonía que lograron sobre los asuntos económicos entre 1980-2008. Aquí se ofrece solamente uno de los ejemplos de sus reacciones a la crisis actual: después de meses del caos sin precedente en Wall Street que había borrado la mayoría de los bancos de inversión, el presidente Bush, hablando en el neoconservador Manhattan Institute el 13 de noviembre de 2008, señaló que:

“La crisis no fue un fracaso del sistema del libre mercado, y la respuesta no es intentar reinventar ese sistema... El capitalismo del libre mercado es más que una teoría. Es...la carretera hacia el sueño americano... Tenemos que reconocer que la intervención del gobierno no es una panacea... La historia ha enseñado que la mayor amenaza a la prosperidad económica no es una falta de intervención gubernamental, sino demasiado de ésta”

Sirve recordar el destino que el presidente Roosevelt determinó para EU cuando él capituló voluntariamente a los feroces oponentes ideológicos del requerido estímulo deficitario keynesiano en 1937. Al hacerlo, otros millones de estadounidenses fueron condenados al basurero económico, resultando en una depresión más duradera. Obama ha dicho con frecuencia que prefiere mirar hacia adelante y no hacia atrás. Pero hay momentos en que una mirada al pasado puede ayudar en revelar donde se está y hacia donde se quiere ir. Eso es particularmente importante si nuestros consejeros de ubicación son conocidos por su limitada visión.

Bibliografía

Bloomberg, 2009. “Depression Fears Subside on Bernanke Remarks, Rally in Stocks”. 16, march.USA.

Cypher, James M., 2007. “Slicing up at the Long Barbeque, Who Gorges, Who Serves and Who Gets Roasted” *Dollars and Sense*. Enero-Febrero. USA.

Foster, John Bellamy y Magdoff, Fred. 2008. “Financial Implosion and Stagnation” *Monthly Review*. December. USA.

New York Times, 2008. “Bush Speaks in Defense of Markets”. 14 Nov. USA.

Fecha de recibido: noviembre 2008

Fecha de aprobación: abril 2009